

## FANTASMAS DE LO NUEVO

POR Mariana Santángelo

Uno de los rasgos esenciales de la antimetamorfosis es que siempre se sabe lo que se encuentra detrás. Desde el principio somos conscientes de lo que esperamos encontrar; con una enorme seguridad avanzamos hacia ello, despreciando todas las metamorfosis que nos salen al paso como artificios vanos y engañosos. (...) La antimetamorfosis lleva, por acumulación, a una reducción del mundo. No se da ningún valor a la riqueza de sus manifestaciones, y toda multiplicidad resulta sospechosa. Todas las hojas son iguales y están secas, ya son polvo; todos los rayos se extinguen en una noche hostil.

*Masa y poder*, Elías Canetti

1. El video comenzó a circular en internet en mayo de este año. Un VHS recobrado de poco más de ocho minutos. La escena ocurre en 1983. Un joven pero inconfundible Néstor Kirchner habla a un grupo numeroso en el Ateneo Juan Domingo Perón de Santa Cruz. La ocasión es el lanzamiento de la candidatura de López Lestón a la intendencia de Río Gallegos dentro de las internas del peronismo local. Con un raro peinado nuevo, bella y de apenas 30 años, Cristina Fernández, compañera de ese espacio político, le da la palabra; lo presenta en un recinto partidario plerótico de insignias justicialistas y bajo el rítmico sonido del bombo. El ambiente está caldeado, los cantitos irrumpen a cada momento, se suceden y desgranar un repertorio conocido, pero ejecutado con una dicha apenas recuperada. Kirchner comienza un discurso en el que pasa revista a la situación de ese año, de renovadas elecciones y en el que se imaginan las formas de salida a la dictadura.

Las imágenes son caseras, el camarógrafo no es del todo diestro pero se muestra atento a mostrar los dos planos en el que la escena política está teniendo lugar. Al frente los oradores, rodeados de numerosos compañeros, del otro lado, un auditorio repleto, también de compañeros, que reciben la dirección de la cámara. “Somos los negros, somos los grasitas, somos la gente que vino con Evita”, interrumpen al orador. En su torpe paneo la cámara barre las caras de la militancia de aquella época, una pared reza “la organización vence al tiempo”, pero el rostro de ese político patagónico, también algo torpe pero vehementemente en su discurso, está atravesado por el tiempo, aunque sea el de su juventud. Las palabras claras, dichas con fervor, se recortan sobre ese fondo más borroso que parece ser el resto cotidiano o anecdótico que las rodean. Kirchner pronuncia una frase. Será tomada como centro explícito de este fragmento, el nombre “natural” de esta imagen, su epígrafe indiscutido para cada repetición: “nosotros siempre dijimos que Videla y Massera y Agosti, y todos los sinvergüenzas que vinieron después, iban a ser sentados en el banquillo de la justicia constitucional para que respondan ante tantos abusos y ante tantos crímenes cometidos contra este pueblo”.

Durante varias semanas, los diferentes sitios que la habían divulgado coincidieron en hacer de esa imagen una “prueba documental” que levantaba la sospecha sobre el dudoso comportamiento de los Kirchner durante la dictadura militar. El hallazgo casi azaroso del video servía para contrarrestar las acusaciones de *impostura* que se habían sucedido luego de tomar como propia la causa de los derechos humanos y hacerla una bandera ineludible de su política gubernamental. Las imágenes fueron consideradas un aval rápido y contundente de su temprana preocupación por el juicio constitucional de los responsables del terrorismo de Estado. El supuesto silencio de los Kirchner durante la dictadura era *dementido* por esa escena y por esas palabras. Todo *ya* estaba allí. De modo que hasta el histórico gesto de Néstor Kirchner en el acto de la ESMA en el año 2004 no hacía más que desplegar algo que ya había tenido una presentación en aquel local del sur. No se había *inventado* ninguna relación, no se había inventado ninguna alianza, tal como habían seña-

lado un sinnúmero de periodistas y alguna crítica cultural también. Pero esto probaba que no había novedad y menos disfraz, máscara o impostura. Esos ocho minutos de video amateur refutaban con la “simplicidad” de las imágenes recobradas cualquier *deviatio* asumido por el político patagónico al llegar a la presidencia.

2. Así, las formas en que este documento audiovisual fue recibido, comentado y repetido, revelaron implícitamente una cierta caracterización de las trayectorias políticas, un posicionamiento respecto del modo en que el hilo de una vida es tejido y destejido durante décadas. En definitiva, puso otra vez en el centro el problema de la *coherencia política*. No obstante, quienes tomaron este hallazgo como “prueba” de esta patinosa categoría, se han mostrado lejos de querer complejizarla, y lejos también de pensarla bajo una idea de lo político que albergue las disrupciones y el montaje de identidades y temporalidades que permiten entender los acontecimientos de la última década. La misma noción de *invención* ha sido contestada como insulto, en vez de ser agradecida e incorporada en una discusión que la necesita en su interior y no expulsada a un afuera que la pone de modo perezoso en la familia semántica de la mentira y como enemiga de todo recorrido legítimo en el poder.

El entusiasmo en la recepción del fragmento pareció montarse entonces sobre la problemática búsqueda de un *auténtico*, utilizado como prenda de cambio en un debate planteado en términos que alisan el entendimiento de la complejidad de los tiempos y de las biografías políticas en general, y de la experiencia kirchnerista en particular. La escena del 83 como un pasado que verifica la pureza de una trayectoria, el comienzo de una cadena que llega sin interrupciones y sin cambios sustanciales hasta nosotros. Ese archivo se somete así a una composición aplanadora de la cronología, y se entrega orgulloso a desmentir los silencios y las desprolijidades hasta ser convertido en origen *puro*, en una procedencia que coloca al joven político patagónico desde el inicio en la causa de los derechos humanos, purgando su linaje. Así, de un lado y del otro del arco

político, la búsqueda parece resolverse en lo mismo: procurar una imagen que se adecúe a sí misma, teniendo “por advertencias todas las peripecias que han podido tener lugar, todas las trampas y todos los disfraces”. Tanto los que sospechan impostura como aquellos que la desmienten desean ajustar todas las figuras de Kirchner y dibujar una sola, la única y primera, la que opera *desde siempre*. A través de ella, procederían los primeros a la delación de la multiplicidad y de las máscaras, y los segundos a la demostración de que tras la supuesta máscara el rostro siempre había sido el mismo. Todos parecen olvidar que el secreto detrás de las cosas es “que ellas están sin esencia, o que su esencia fue construida pieza por pieza a partir de figuras que le eran extrañas”.<sup>1</sup> De esta manera, muchos de los que divulgaron este documento invirtieron la operación de sus contrincantes pero sin salir de su estricta lógica: asumieron que era posible y deseable encontrar una identidad inmovible para contestar las acusaciones de mascarada, en vez de apropiarse críticamente de las discontinuidades que atraviesan a todo sujeto político. Perpetuaron así dos ejes opuestos en el que la autenticidad, el origen, la coherencia y la verdad quedaban de un lado y la invención, el cambio, la máscara y la falsedad del otro, sin dejar resquicio para repensar los tráficicos entre los elementos de uno y otro ámbito. ¿Acaso les concedían que en el terreno político la invención debe suponerse intrínsecamente reñida con la verdad?

Por qué no pensar entonces los restos de esa imagen, aquello que no compone mundo para la mirada *historicista*, aquello que desacomoda los tiempos, imposible de poner al inicio de ningún destino y de ninguna naturaleza, porque precisamente los desmiente y redobla el pulso tembloroso e incierto en el que se ha desarrollado lo mejor de la política kirchnerista de estos años. Pues si no nos convence que en el acto del local del sur haya una prueba definitiva de nada, sí es cierto que hay algo que se *descubre* para nosotros y que la imagen debe ser auscultada entonces desde el doblez que ella misma permite. El espectro de Néstor nos habla desde el pasado. Sin duda esto es así. Pero cómo componerlo en la narración de estos años y con sus otras apariciones (que también son ya espectrales, o

quizás siempre lo han sido, como bien había notado Nicolás Casullo en el tempranísimo 2002 al describirlo como “el fantasma de la tenencia que vuelve volando sobre los techos”). En el video, es él y ya no lo es. No hay indicios que sirvan –incluso ahora que los antecedentes parecen ser “provechosos”– para hacer de esa subjetividad política una identidad abroquelada de una vez y para siempre.

Es célebre el modo en que Derrida ha señalado el vínculo entre los espectros y la forma en que éstos ponen el tiempo fuera de quicio, en que lo trastornan y desajustan. Es el fantasma del padre de Hamlet el que viene a denunciar un tiempo descoyuntado (*out of joint*); desde su naturaleza reacia a la ontologización (pues no está vivo ni muerto) introduce un desajuste en el presente mismo, que ya no puede ser contemporáneo ni siquiera consigo mismo. En este sentido, debe recordarse que el video (soporte que supone una aparición espectral en sí mismo) apareció meses después de la muerte de Néstor Kirchner: en el medio de una tristeza que duraba, un joven y saludable Néstor era restituido entre los vivos, la imagen en movimiento le daba cuerpo y voz nuevamente. Pero, paradójicamente, y a contramano de los señalamientos derrideanos, su imagen espectral fue vista como la ocasión para intentar poner en orden el tiempo de su propia vida, ponerle los goznes a su biografía. El espectral, en vez de confirmar un tiempo dislocado, fue usado para rectificar una marcha, para ponerla al derecho, reparar su historia. Por otro lado, aunque en el mismo sentido, ¿se mantiene en ese procedimiento la profunda tensión del *tempo* kirchnerista, hecho de afanes restitutivos, reparadores, pero también de azares, novedades e invenciones que hacen saltar una época?

En su último libro, Horacio González ha analizado otra imagen que puede entenderse como el reverso de la tratada en este texto. Es una foto conocida, en la que aparece Néstor Kirchner junto al general Oscar Guerrero en un acto oficial una semana después de comenzada la guerra de Malvinas. De alguna forma, lo que allí se ve sería el negativo que la escena positiva del 83 vendría a saldar. No obstante, González elige –sin dejar de remarcar la irrefutable incoherencia de la foto–, referirse a algo más que a su contenido: “La

imagen parece no tener fecha, pues su aura es la de un eterno presente, siempre estamos diciendo lo que decíamos en el momento en que la imagen nos captura... Esta ilusión tiene el interés de llevarnos a pensar que hay en nosotros una filiación profunda a la que siempre acataríamos, con el inconveniente que también aceptaríamos que no hay una conciencia operante capaz de comprender el pasado y recolocarnos sobre nuevos carriles una vez que despojamos de nuestra acción lo que cada momento histórico no nos dejaba ver”. Así, en igual sentido la escena del Ateneo sureño es también incómoda, pero bajo el riesgo de que veamos con inocencia una estrategia que insiste en las filiaciones sustanciales antes que en los quiebres llevados a cabo por una voluntad política (como la kirchnerista) que a menudo no tuvo beneficio de inventario alguno.

No obstante, si es verdad que sería desacertado afirmar que allí estaba su política de derechos humanos *in nuce*, sería igual de falso decir que allí no había nada. Que ese documento nada indica, bajo el supuesto de que sería propio de la política asumir el riesgo cada vez de nuevo, en una escala que no se arma según décadas sino de días apenas. Se diría entonces que nada nos conecta con él, porque estos últimos años ya son radicalmente distintos, no hay deuda ni legado. No se afirma eso. Pero sí que este video es una oportunidad por motivos muy diferentes: abrir la multiplicidad que esa imagen (como toda imagen) nos interpone, obligándonos a pensar, por ejemplo, la forma en que estos soportes audiovisuales, como visibilización perpetuamente iterada, tensionan el drama político. Concentrarse entonces en ver cómo se opera la selección de estas imágenes, cómo y por quién (y hasta en dónde) son acumuladas y archivadas estas escenas políticas del pasado, las que en los últimos tiempos se disponen más según la lógica del *prontuario* policial utilizado para señalar los pecados olvidados (“Perdona nuestros pecados” rezaba el título de uno de los programas televisivos que debería tenerse en cuenta para pensar estos usos actuales de estas imágenes), que según una idea de la política que suponga una mayor complejidad en su relación con su *¿propio?* pasado.

3. Estos escasos ocho minutos afirman más cosas que las que estos practicantes del archivo han querido descifrar sólo en el pronunciamiento de Kirchner sobre los juicios a las juntas. Los restos de la imagen trabajan en contra de aquella cómoda cronología que la acomoda como origen. Y bien vale preguntarse: si aquella escena es tratada como la *escena primordial* que viene a cumplirse poco más de veinte años después, ¿con qué parte de dicha escena se contrae una deuda mayor? ¿Con los enunciados manifiestos del joven Kirchner o con ese joven Kirchner que se ve interrumpido por los cantos del numeroso grupo al que le habla con pasión? ¿Con el Kirchner que con seriedad denuncia el terror estatal de la dictadura? ¿O con el militante un poco panzón que ante el “lo vamo`a reventar” entonado más de una vez, contesta con picardía “a usted lo va a reventar la mujer, compañero”? ¿O con este otro (o mismo) Kirchner que disputa el legado peronista desde la marginalidad del territorio santacruceño? ¿Qué zona de ese pasado —que no es sólo el discursivo— contrajo una promesa con este momento que es su porvenir?

Hacia la mitad de este video, Néstor Kirchner suspende su discurso, mira hacia atrás, mira a sus compañeros y luego mira hacia la cámara. Nos mira. Si es verdad que todo archivo, que opera una selección sobre los restos del pasado, se conecta intrínsecamente con un porvenir, queda por preguntarse por la naturaleza de la promesa o de la responsabilidad que allí se tomaba. Preguntarse entonces por esa escena que un camarógrafo amateur arrojó hacia el futuro, arrebatándole su unicidad y difiriéndola para siempre. Pero ella, “desde los mares del sur”, finalmente ha llegado hasta nosotros. Por eso, la fuerza actual de *lo efectivamente cumplido* no puede desactivar el peligro de aquella promesa, y del asedio espectral de una escena que no viene a confirmar la unidad de una vida ni tampoco la unidad de nuestro presente.

Notas

<sup>1</sup> Ambas citas de FOUCAULT, M., *Nietzsche, la genealogía, la historia, Pre-textos*, Valencia, 2000.